

LAS RAÍCES DEL TAMARINDO

Sindo Pacheco

Novela

Editorial El barco ebrio, España, 2012

SINDO PACHECO



(Cabaiguán, Cuba, 1956). Desde la obtención del Premio El Caimán Barbudo (1990) se destacó como un narrador particularmente original gracias al humor, la ironía, la mirada pertinente (e impertinente) con que examina la realidad cubana, en particular el mundo de los adolescentes, de la escuela secundaria, de los escritores, de las pequeñas ciudades del centro del país. Ha publicado, entre otros libros: *Oficio de Hormigas* (cuentos, 1990) Premio Abril; y las novelas *Esos Muchachos*, *María Virginia está de Vacaciones* (premio latinoamericano Casa de las Américas, el premio anual La Rosa Blanca que concede la Unión de Escritores y Artistas de Cuba, y el Premio de la Crítica a las mejores obras publicadas en Cuba durante 1994), así como *María Virginia mi amor* o *María Virginia y yo en la Luna de Valencia* (finalista del Premio Norma-Fundalectura); y *Las raíces del tamarindo*, una obra un poco más

amarga y crítica que las anteriores, finalista del Premio EDEBÉ, y publicada por dicha editorial en Barcelona. En el 2003 la Plaza Mayor, de Puerto Rico reeditó su novela *María Virginia está de vacaciones*. Actualmente reside en Miami, Estados Unidos.

LAS RAÍCES DEL TAMARINDO

(Fragmento)

I

Tony dobló la esquina y la Secundaria apareció ante él con los mismos aburridos colores. Siempre venía por esa calle para no ver la escuela hasta el último instante como si ello lo salvara de ir adonde iban sus pasos.

Algunos alumnos caminaban hacia el patio para formar y pasar a las aulas. Otros se deslizaban en sus bicicletas o se mantenían en grupos, gritando o jugando de manos. El resto comía confituras en la cafetería de la esquina. Era una casona de madera, de principios de siglo. Tenía un portal sostenido por varios horcones de jiquí, contra cuya dureza el



tiempo poco había podido hacer. Tony se recostó a uno de ellos. Desde allí podía contemplar bien la escuela, el gris edificio de mampostería construido mucho después que el resto del entorno, y rodeado por una cerca de alambre, por cuya puerta cruzaban todos ellos como un tropel de ganado; pero él estaba harto y hoy tampoco iría a clases. Lo sabía desde que salió de su casa, tal vez desde la noche anterior, pero realizó todo el trayecto como si la decisión final la tomara a última hora. Eso le pasaba siempre: decidía las cosas cuando ya no quedaba...

—Hola, Perdido.

Ante él estaba Belkis Pino, una muchacha pecosa de su aula. Habían establecido cierta relación durante la Escuela al Campo, pero no estaba para conversaderas. Mucho menos a esta hora de la mañana.

—¿Ocurre algo...?

Tony cambió la vista. Belkis era de esa gente para las cuales siempre estaba ocurriendo algo.

—¿No vas a entrar hoy tampoco...?

—¿Adónde?

—A la escuela...

Todo el mundo se daba cuenta de sus intenciones, como si llevara un letrero en la frente.

—¿Te importa?

—Yo sólo te pregunté..., parece preocupado... A lo mejor puedo ayudarte...

—Tal vez, necesito desaparecer la escuela del mapa.

Belkis no se inmutó:

—Eso es un poco difícil... ¿Sabes? Me gustaría saber qué haces cuando te quedas fuera.

—Nada.

—¿Te vas a tu casa y ya?

—A veces sí.

—¿Y a veces...?

—No.

—¿Sabes?, me gustaría saber adónde vas.

No existía nada en el mundo sobre lo cual a Belkis no le gustaría saber.

—Doy vueltas por ahí...

Tony miró que Ismael, el director, se acercaba a la puerta de entrada.

—Te van a dejar fuera...

Belkis dio media vuelta y echó a andar. Luego volvió la cabeza.

—Un día voy a irme contigo. Me gustaría probar a qué sabe eso de escaparse.

Tony hizo un gesto de fastidio. La vio cruzar la calle hacia donde estaba el director mirando su reloj de bolsillo, y unirse al último grupo. Acto seguido el director colocó una cadena entre los orificios de la cerca, y le aplicó un candado a la puerta. Un grupo, que se acercaba por la otra esquina, echó a correr; pero Ismael los detuvo con un gesto de su mano. Los muchachos abrían los brazos en señal de desaprobación, pero ya era demasiado tarde. El director les dio la espalda, y caminó

hacia el patio del recinto. Tony se alegró de no ser el único en quedarse afuera. Vio a sus compañeros que discutían entre sí, y miraban hacia adentro, buscando una señal milagrosa, pero pasó un tiempo razonable, las filas de muchachos terminaron de entrar a sus aulas, y el grupo que había quedado a la entrada, empezó a dispersarse. La calle volvió a quedar en silencio. Tony tomó por la acera, frente a la Carretera Central, y empezó a alejarse. Sintió la misma sensación de libertad que respiraba cada vez que aquella puerta se cerraba con él del otro lado. No tenía idea exacta de adónde ir. Estaba cansado de vagabundear, de matar el tiempo que no transcurría. Le molestaba el tiempo, que todo el mundo tuviera que regirse por la misma hora. Si cada cual tuviera su hora particular, para él siempre fueran las doce, o las cincuenta, o la hora en que terminan las horas, y se perdería de todo aquello. Tony dobló en la próxima esquina en dirección a su casa. No iba a ir a ningún sitio. Total, donde quiera eran las ocho de la mañana, por lo menos en todo el país, y en ninguna parte el tiempo se iba con la velocidad que él deseaba. Llegó al edificio y subió las escaleras sin ningún tipo de prisa. Su apartamento estaba en silencio. La luz del día atravesaba la cortina que protegía la puerta de cristales del balcón. Tony pasó a su cuarto, se quitó los zapatos, y se recostó en la cama. La pintura blanca del techo formaba diferentes relieves que le parecían objetos o figuras de personas. Había uno en forma de árbol, como un cedro en la niebla de la mañana, otro parecía el rostro de una muchacha que lo miraba como si estuviera molesta con él. Tony se puso de pie. Abrió su bolso y extrajo un pequeño libro maltratado e incompleto. Volvió a tirarse en la cama y cerró ligeramente la persiana. El Sol se proyectaba de frente y la claridad lo encandilaba un poco. Abrió el libro en la página que tenía marcada. Lo había encontrado en un aula de la Secundaria, mientras botaban unas cajas de tarecos y viejos libros abandonados. La historia era bastante extraña, aún no se explicaba por qué seguía interesado en un libro sin principio ni final. Era como ver la parte central de una película:

“—Si quieres un amigo, domesticame”.

Le gustaba aquel capítulo. Lo había marcado para leerlo de nuevo antes de continuar. Tenía algo de misterio. Los libros estaban llenos de misterio, de sucesos antiguos, de gente dormida que uno despertaba y los ponía a vivir en las palabras.

“—¿Qué significa ‘domesticar’?”

Significaba crear ligaduras, hacer que una cosa igual fuera diferente, única en el mundo. Le hubiera gustado ser amigo de aquella zorra, domesticarla. Una vez domesticó a Manchita, un perrito que lo despedía y lo esperaba junto a la puerta de la finca, y que nunca quería separarse de él. Pero luego vinieron a vivir a este edificio donde su padre no quería perros ni gatos ni ningún tipo de animal, y Manchita se quedó allá con los abuelos.

Cuando iba a la finca los fines de semana, corría a su encuentro saltando y moviendo el rabito, se metía entre sus piernas, y lo miraba y aullaba como si quisiera decirle algún secreto. A la hora de despedirse, siempre quería irse con él.

Un camión lo mató en la carretera y siguió su camino como si hubiera aplastado a una piedra. El abuelo Delfín lo enterró en el patio, bajo la mata de guayabas, y le puso encima una cruz de madera y unas flores; pero sin Manchita, la finca del abuelo era como un campo solitario.

Tony cerró el libro y lo dejó sobre la mesita de noche. Después de todo no valía la pena domesticar a nadie.

Se puso los zapatos y salió afuera.

En la escalera se topó con Rafael que entraba a toda prisa.

—¿Qué bolá?

—Ahí.

—¿Oíste el juego anoche...?

Rafael seguía la Serie Nacional de béisbol jugada por jugada. Cuando Las Villas perdía se ponía de un humor insoportable.

—No, me quedé dormido.

—Lo mejor que hiciste. Las Villas perdió otra vez... Ya no les queda casi chance. Debían perderlos todos. ¿Adónde vas...?

—No sé... A ninguna parte...

—Tú nunca vas a ninguna parte... ¿Dejaste la escuela...?

—No, pero voy a dejarla.

—Lo mejor que haces, la escuela no da nada, pura basura... ¿Quieres tomarte unos tragos...?

Rafael siempre estaba invitándolo a algún trago. A Tony no le gustaba tomar, pero decirle eso así a secas era como si fuera inferior o algo.

—No, voy a casa de mi abuela.

—¿No dices que no ibas a ninguna parte?

Tony se quedó indeciso. No le gustaba nada mentir, pero a veces se veía precisado.

—Me acordé ahora.

Bajó las escaleras y se sintió aliviado. Después de todo iría a ver a su abuela. Por tanto, no se podía decir que había mentido.

II

La abuela Ana vivía en el Reparto Canarias, un barrio fundado por inmigrantes, cuyas calles se llamaban Lanzarote, y Gomera, y Fuerte Ventura, y el resto de las siete islas y demás lugares del archipiélago. Tony podía esperar la guagua que lo dejaba a dos cuadras de allí; pero prefirió caminar. De todas formas no tenía apuro, y caminar era una de las cosas que lo ayudaba a matar el tiempo. Hizo el trayecto por calles diferentes, tratando de descubrir algo nuevo, como hacía en cada viaje, pero el entorno le pareció el mismo de siempre, con las mismas casas, los mismos árboles, y los mismos repetidos lugares.

La abuela se acostaba tarde en la noche, luego que todo el barrio estaba en silencio, por eso solía levantarse a media mañana, pero cuando Tony llegó vio la puerta de la sala semiabierta, sujeta con el gancho de metal.

—¡Abuela!... —quitó el gancho de la puerta, entró y lo volvió a colocar.

Sobre el sofá de la sala descansaban las costuras pendientes. La máquina de coser permanecía junto a la ventana que daba a la calle para aprovechar así la claridad del día.



Tony se acercó a la cortina del primer cuarto:

—¿Se puede...?

—Si, niño, entra.

Tony recorrió la tela floreada. La casa de la abuela Ana era estrecha y larga, con cada habitación a continuación de la otra. No le gustaban las casas donde para ir a la cocina hubiera que atravesar los cuartos. Sobre todo, aquellos cuartos, casi siempre llenos de mujeres semidesnudas, que se entallaban vestidos y blusas frente a los espejos del escaparate. Antes nunca se había dado cuenta de ese detalle. Correteaba las habitaciones de una punta a la otra, con una libertad que ahora tenía límites, como si la casa de la abuela fuera la casa de un extraño.

—¡Qué bueno que viniste! —Ana le dio un beso—. ¿Cómo está mami...?

—Bien...

Sacó una jeringuilla de adentro de un jarro de agua hirviendo.

—¿No te dijo a qué hora nos vamos el domingo?

—No.

—El domingo toca la visita a tu padre.

Tony no contestó. Ya sabía que tendría que ir a ver a su padre. Detestaba la prisión, el viaje, el ambiente que reinaba en la visita. Le molestaba ver a su madre y a su abuela cargando jabas de comida para llevarle a su padre.

Ana sacó un pomo pequeño del refrigerador, introdujo la jeringuilla a través de la tapa de goma y empezó a extraer el líquido. Era lo primero que hacía siempre cuando se levantaba. Tony no podía verla sin evitar un escalofrío.

—¿No te duele, abuela...?

—Ya estoy acostumbrada.

Una voz llegó desde la puerta de la calle:

—Anita..., ¿se puede...?

En aquella casa todo el mundo hablaba así: ¿se puede, se puede, se puede...?

—¿Quién es...? ¡Ah!, entra Deisita...

La abuela se levantó un poco la blusa, mojó un algodón en alcohol, y se frotó un área de su abdomen, luego se pellizcó con el índice y el pulgar de su mano izquierda y se introdujo la aguja con la otra mano. Tony cerró los ojos. Sintió los pasos de Deisy, acercándose.

—Buenas, ¿qué tal, Ana, cómo amaneció...? Perdona, no sabía que estaba inyectándose.

—No te preocupes.

Deisy saludó a Tony con un gesto de cabeza, y siguió hablando.

—Déme la libreta para traerle el pan.

—Gracias, hija, mírala ahí en esa jaba. Ya yo no sirvo ni para sacar los perros a mear. Ten cuidado, que tiene el dinero adentro.

Ana retiró la aguja y comenzó a darse masajes con el algodón. Luego guardó el pomito y la jeringuilla, y bajó del fogón un jarro con leche.

—¿Desayunaste, Tonito...?

—Sí...

—Entonces cómete unas galletas con mantequilla.

—No, abuela, no tengo hambre.

—¿Y un poquito de dulce de coco?

—Tampoco.

De nuevo se escuchó otra voz:

—Anita...

Ana asomó su cabeza en dirección a la calle.

—Entra Mercedes, siéntate. Voy enseguida... —se volvió a su nieto—. ¿Y por qué no pruebas un poco de refresco...?

—Está bien, abuela... —Tony tomó un jarro que colgaba del locero.

Su abuela siempre pensaba que todo el mundo tenía hambre.

—¿A ver...? No, ése no, Tonito... Mira el tuyo aquí... Sírvelo tú mismo —proyectó la voz en dirección a la sala—. No te vayas, Mercedes, para entallarte el vestido.

Tony tomó otro recipiente que decía Tonito por un costado. La abuela tenía dos hijos y tres nietos, y dos hermanos y como diez sobrinos que casi nunca venían a hacerle la visita, pero cada uno tenía su jarro con su nombre escrito con pintura de uñas.

Tony se sirvió un poco del líquido.

—¿De qué es?

—De limón. No hay ni una fruta por ahí... Hasta que no llueva un poco y empiecen los mangos... La suerte es mi matica de limón.

Tony se tomó el refresco. Estaba un poco escaso de azúcar, pero no dijo nada. La abuela los preparaba así debido a su enfermedad. No podía comer pasteles, ni dulces, ni caramelos...; casi no podía comer nada la abuela, pero nunca la había oído quejarse. Se ponía sus inyecciones todas las mañanas con la misma naturalidad de quien se cepilla los dientes, y a coser y a cortar durante todo el día, todos los días de su vida, semana tras semana, mes tras mes...

—¿No te aburres, abuela?

—¿De qué...?

—De tanta costura y tanta costura...

—Eso fue lo que yo estudié... Gracias a Dios que me dio un oficio; si no, no hubiera salido adelante. ¿Tú sabes la cantidad de gente que tuve que vestir para mantener a mis hijos...?

Tony miró hacia un rincón de la cocina y vio los cubos de agua vacíos. Los tomó y salió hacia afuera. En la sala se detuvo un momento.

—Hola —saludó a Mercedes.

Mercedes alzó los ojos de una revista de modelos, y sonrió. Estaba sobre un sillón de madera, inclinada hacia atrás. Vestía un *pullover* ceñido a su abdomen, y la saya, demasiado corta, dejaba ver sus muslos amplios y vigorosos. Tony cambió la vista, ruborizado, y quitó el gancho de la puerta.

El pozo quedaba a pocas casas de distancia. El pueblo no contaba con acueducto y los pozos proliferaban por todas partes. Los edificios multifamiliares disponían de turbinas que conducían el agua hasta los depósitos situados sobre el techo de la última planta. Otros se servían de un motor eléctrico para hacer subir el líquido



hasta un tanque del cual descendía por gravedad hasta los grifos. Pero el resto obtenía el agua de forma manual, llevándola en cubos hasta el interior de sus viviendas. Tony llenó los recipientes y volvió con uno en cada mano. Le gustaba más acarrear dos cubos que uno, hacían buen contrapeso, pero tenía que cuidarse de no mojar el piso. Era una de las cosas más difíciles que había aprendido. Cualquier movimiento en falso y allá iba el agua fuera. Tony cruzó el portal y caminó por la sala cuidadosamente, pero no pudo evitar que una mirada furtiva se le escapara hacia donde Mercedes seguía hojeando la revista. Ahora se mecía suavemente, y la saya se le había subido aún más, y sus muslos se abrían y se cerraban con el vaivén del sillón, y de pronto el agua de los cubos saltó como por arte de magia.

Tony cambió la vista y apuró el paso, pero el agua siguió desparramándose a través de los cuartos y la cocina.

—Hice tremenda mojazón, abuela.

—No importa, hijo. Yo la seco. Ponme ése aquí para llenar la tinaja.

La abuela usaba aquella tinaja desde que su padre era chiquito. “Es como si saliera de un manantial”, solía decir.

De pronto pareció recordar algo.

—Oye, Tonito, ¿qué hora es...? ¿Tú no fuiste a la escuela...?

—No.

—¿Qué te pasó...?

—Nada. No me gusta la escuela.

—Ay, hijo, pero tienes que estudiar algo, algún oficio... ¿No te gusta nada...?

—No.

—¿Nada nada? Algo tiene que gustarte...

—Creo que me gusta pegar libros.

—¿Pegar libros...?

—Sí. Encontrar un pedazo aquí y otro allá y luego pegarlos y arreglar el libro.

—Pero eso no es ningún oficio, hijo... ¿Por qué no te haces carpintero...? Los carpinteros ganan buen sueldo. Yo quería eso para tu padre, pero no hubo manera. Si llega a hacerme caso, no le hubiera pasado nada. ¿Sabes...? A mí nunca me gustó que trabajara con dinero... —la abuela pareció recordar algo—. Oye, hablando de tu padre... Tengo un flan en casa de Fela ¿Sabes quién es Fela...?, la mamá de Vicentico... ¿Por qué no llegas allá un momento, mientras yo le entallo el vestido a Mercedes...? Y de paso le das estos cinco pesos...

Tony tomó el dinero y dio media vuelta. Esta vez cruzó la sala sin volver la vista.

Afuera el Sol calentaba con más fuerza dándole un brillo especial a la mañana.

La casa de Vicente era ancha, con un portal amplio cercado con tablillas de madera terminadas en punta. Tenía el frente pintado de azul claro y las puertas y persianas color blanco hueso.

Tony tocó a la puerta.

Nadie respondió.

Volvió a tocar.

—Va... —dijo una voz de niña.



Unos pasos se acercaron, la puerta se abrió, y apareció una muchacha rubia, con su pelo largo recogido en una cola de caballo. La cola de caballo subía hacia su cabeza donde una hebilla la sostenía allá en lo alto.

—¿Está Fela...?

—Mi mamá salió.

—Ah.

—¿Por qué...? ¿Querías algo...? ¿Tú no eres el nieto de Anita, la costurera...?

—Sí..., venía a buscar un flan...

—Ah, entra, ya te lo traigo —le dio la espalda.

Tony vio su cuello descubierto. Tenía unos pelitos sueltos y brillantes. Nunca había visto a aquella muchacha. Ni siquiera sabía que Vicente tuviera alguna hermana.

Había algunos cuadros de paisajes en las paredes, un televisor soviético en una esquina, varios muebles antiguos, y un librero enorme que llegaba de pared a pared. Al centro había una mesita, encima de la cual sobresalía la foto de una niña, similar a ella, que lo observaba con expresión de curiosidad.

La muchacha volvió con el flan de leche encima de un plato. El flan estaba acaramelado y se movía sobre el plato con suavidad tentadora. Tony alzó la vista del flan para encontrarse con sus ojos. Eran grises, casi verdosos, ligeramente separados y con largas pestañas curvadas hacia arriba. Su cara parecía de niña, pero era casi de su mismo tamaño, y tenía los senos puntiagudos y bien formados.

Tony apuntó hacia el librero.

—¿Son tuyos?

—¿Los libros...? Casi todos, ¿por qué? ¿Te gusta leer?

—A veces. ¿Sabes?, encontré un libro, pero está incompleto. Me gustaría terminar de leerlo, pero ni siquiera sé cómo rayos se llama.

—¿Por qué no me lo traes? Tal vez yo lo consiga.

Tony se dio cuenta que la muchacha llevaba rato sosteniendo el flan, y se apresuró a tomarlo, mientras le extendía los cinco pesos.

Ella tomó el billete, pero reaccionó enseguida:

—No, no vale nada.

—Mi abuela me dijo que le dejara eso.

—No, de ninguna manera —puso los cinco pesos a un costado del plato con el flan.

—Yo no lo quiero.

—Yo tampoco.

—Yo menos —Tony volvió a extenderle el billete.

Ella lo tomó y volvió a colocarlo encima del plato.

Tony lo quitó para dárselo, pero ella retiró la mano y el billete quedó en el aire, planeando como un ala. El muchacho intentó capturarlo con la mano libre, pero la otra mano se le volteó y el dulce saltó del plato. Trató de capturar al flan y se le escapó entonces el plato. Finalmente decidió salvar el plato, pero sólo consiguió darle un manotazo hacia abajo mientras pisaba el flan con un pie y se caían él y los cinco pesos y el plato, que se hizo añicos contra el piso.

Ambos se quedaron inmóviles, mirándose a los ojos. En ese momento Fela volvía, con una jaba de mandados.

—¿Qué pasó, niña...?

—Nada, mami. Se me cayó el flan.

Tony se incorporó y trató de separarse los pedazos de postre que se habían adherido a su pantalón.

—A ver..., niño, estás herido, tienes sangre ahí.

Tony se miró la mano. Un hilo de sangre se desprendía de la base del pulgar, y bajaba hasta el codo.

—Fue culpa mía... Lo siento.

—No te preocupes. Eso le pasa a cualquiera. Ven para verte la herida...

Fueron hasta la cocina.

—Lávate aquí —la señora le alcanzó una palangana con agua y jabón—. Maité, trae mercurio cromo y algodón.

Tony se lavó la herida. La sangre continuaba saliendo y se diluía en el agua como un hilo que se deshilacha.

—No es nada —dijo.

Maité volvió con las medicinas.

—Déjame ver.

Tony abrió la mano.

Ella untó el algodón con mercurio y se lo pasó por la herida.

—¿Te arde...?

—Un poco.

—Ya está. Trata que no te caiga nada ahí.

—Gracias —dijo Tony, todavía desconcertado. Dio media vuelta y comenzó a alejarse.

—Hasta luego —gritó desde la puerta.

Afuera tomó rumbo al centro del pueblo. Cuando había avanzado un buen trecho, se dio cuenta que no había vuelto por la casa de su abuela, pero prefirió seguir de largo, total, todo se había fastidiado: su mano, el flan, el plato, su pantalón... Sin embargo sentía una extraña sensación, como una alegría interior que lo animaba.